

Mi último día en Lisboa

El martes por la mañana, cuando ya ha pasado todo, doy un paseo por Lisboa. La ciudad está tranquila, ha recuperado su vida normal. Los coches circulan arriba y abajo por la Avenida da Liberdade. La gente pasea en el Rossio, se sienta en las terrazas de los cafés. Un recién llegado apenas percibiría la prueba por la que el país acaba de pasar. Solamente un signo lo delata. Hay muchos más carteles que nunca. En abril había «pintadas» en muchas paredes de Lisboa. Ahora se han pegado carteles. La fachada de la vieja estación, en la plaza de Restauradores, ha cobrado color. Lo que aquí se llama ya «el segundo 25 de abril», es decir, los acontecimientos provocados por el anuncio de la manifestación de la «mayoría silenciosa», ha hecho hablar de nuevo al pueblo portugués. «O fascismo nao passará», «Soldado amigo. O povo esta contigo», «Minoria Tenebrosa, Maloria Silenciosa», «Fascista, escuta, o Povo esta en luta», son algunos de los «slogans» más corrientes en las fachadas de Lisboa.

Las Fuerzas Armadas y las brigadas populares de vigilancia han hecho abortar una conspiración contra el Movimiento que derribó a Caetano el 25 de abril. La clemencia mostrada en estos meses por el gobierno, que se limitó a desterrar al Brasil a los dos principales dirigentes del régimen anterior y a encarcelar a los agentes de la policía política PIDE/DGS, hizo que muchos de los antiguos miembros del partido único de Caetano, la Acção Nacional Popular, se envalentonaran en los últimos tiempos y manifestaran abiertamente su hostilidad contra la naciente democracia. No se conoce aún el alcance de la conspiración. Se dice que se han encontrado armas y material de propaganda en la sede del Partido del Progreso, nuevo nombre del que se llamó originalmente, después del golpe de abril, Movimiento Federalista Portugués. Se ha detenido a unas cuatrocientas personas, entre ellas algunas muy significadas del régimen derribado, como el doctor Silva Cunha, que fue ministro de Defensa; el doctor Alberto Franco Nogueira, ministro de Asuntos Exteriores con Salazar; César Moreira Baptista, ministro del Interior del último gobierno de Caetano; el diputado Casal Ribeiro, el general Kaulza de Arriaga, el ex director de Radio Club Portugués, Botelho Moniz; el jefe del partido único, Elmano Alves, etcétera. La lista se eleva a casi cuatrocientos nombres, de ellos algunos militares en activo. Se ha descubierto también, según se afirma, un complot para asesinar al primer ministro, general Vasco Gonçalves.

El lunes por la tarde, como se sabe, tras la dimisión de Spínola, una manifestación de apoyo al Movimiento de las Fuerzas Armadas, que, según informaba «Diario de Lisboa», tenía cuatro kilómetros de longitud, recorrió las calles de la ciudad. Como el 25 de abril, el 30 de septiembre volvieron a florecer los claveles rojos en la solapa de los manifestantes, en los cañones de los fusiles, para celebrar la nueva victoria sobre el fascismo.

Lisboa es en estos días también la ciudad de los rumores. La radio y la televisión transmiten continuamente «slogans» aconsejando a la población que no escuche ni haga circular boatos, porque los medios de comunicación social informan libremente de todo. Pero los rumores circulan. Se dan muchas interpretaciones del enfrentamiento del general Spínola con los capitanes, de la forma en que se produjeron los hechos. Se oyen las más peregrinas teorías, como la que dice que Spínola se ha vuelto loco.

He observado una considerable disminución del prestigio del dimitido presidente de la República. Los que suponen que la decisión de Spínola ha sido el primer golpe de efecto de cara a la campaña para las elecciones anunciadas en principio para el próximo marzo, encuentran en este hecho un argumento en contra. La gente reprocha al general del monóculo que haya abandonado a los capitanes en el momento más difícil. En cambio, la popularidad de Costa Gomes sube de día en día. El nuevo presidente es un hombre moderado, conocido por sus ideas democráticas y de enorme prestigio en las Fuerzas Armadas. Tanto Costa Gomes como los oficiales que encabezan el Movimiento mantienen en sus declaraciones públicas un exquisito respeto por Spínola. Todo el mundo está convencido de que no han sido ellos quienes han querido esta dimisión, que ha desencadenado una campaña contra el régimen democrático portugués en periódicos de muchos países del mundo. No ocultan, sin embargo, su discrepancia con sus puntos de vista.

Me paseo por Lisboa viendo la bella «exposición» de carteles de esta nueva primavera, entrando en las librerías, donde se encuentran títulos que antes no se hubiesen soñado, yendo a ver la revista musical «Pides na Grelha», tan inteligentemente hecha, mirando las carteleras de los cines, con películas que justificarán con el tiempo excursiones organizadas desde Badajoz, Huelva o Pontevedra, gozando, en fin, de esta Lisboa que parece haber cobrado una nueva vida con la confirmación de la libertad. ■ L. C.

La Capilla sIXtina

«VOYEURISMOS»

El "voyeurismo" estaba conceptualizado como una aberración sexual. Como ninguno de ustedes tiene la obligación de saber francés ni de tener información sobre aberraciones sexuales, aclararé que "voyeur" quiere decir "mirón", y la aberración sexual correspondiente ustedes mismos se la imaginan y en paz. Pues bien, España parece condenada al "voyeurismo" político, que, en cierto modo, también es una aberración sexual. Ultimamente ha resultado que el último tango en Lisboa nunca es realmente el último, siempre queda un tango sorprendente, cada vez más sorprendente. Los "voyeurs" del país contemplan lo que pasa en Portugal por la cerradura y de vez en cuando se vuelven para hacer comentarios.

He distanciado injustamente la calificación de "voyeur". Yo también lo soy. Todos somos "voyeurs" porque todos acarreamos impresiones que son las que dan cauce a la necesidad de las miradas furtivas. Como un "voyeur" más de lo que ocurre en Portugal, sigo de cerca los gestos y palabras de mis compañeros de aberración. Me han llamado la atención dos reacciones: la del señor Ruiz Gallardón y la de don Joaquín Garrigues Walker. La consolidación de la izquierda militar hace que el señor Ruiz Gallardón abandone por un momento el ojo de la cerradura y pida mano libre para la derecha democrática española, para que gane posiciones de privilegio y, en su día, esté preparada para competir con la izquierda legal. Esto me recuerda las partidas de ping-pong de mi infancia. Por circunstancias que no son del caso, conseguí saber jugar al ping-pong con una cierta perfección, la suficiente como para que mis antagonistas se aburrían. Si quería conseguir antagonistas tenía que darles diez tantos de ventaja y la mejor pala. El señor Ruiz Gallardón quiere escoger pala y diez tantos de ventaja.

En cuanto al joven Garrigues Walker, y le llamo joven porque en las fotografías tiene un perfil de joven galán de la promoción de Robert Wagner, ha abandonado el punto de vigia de la cerradura portuguesa para decírnos que en el mundo actual hay que dialogar con los comunistas, así en la tierra como en el cielo. Los comunistas, dice Garrigues Walker, forman parte del "establishment" mundial, contribuyen a equilibrar las cosas. La reflexión del joven Garrigues se parece mucho a la mía, tanto que me he asustado y he pasado a pensar sobre todo lo que nos separa:

El conoce a Jacqueline Kennedy, y yo no.

El está en el intringulis de la instalación de la Ford en España, y yo no.

El llama de tú a unos cuantos figurones de la Administración, y yo no.

El pertenece a una familia ganadora de la guerra civil, y yo no.

El montó la cena de Aravaca, y yo no.

El no conoce a Encarna y yo sí.

El gana mucho dinero, y yo no.

¿Cómo dos personas tan diferentes pueden llegar a conclusiones paralelas?

Creo que porque hemos mirado por el ojo de la cerradura con una distancia sociopolítica indispensable para creer que la política es una ciencia demostrable y no una ciencia oculta de aquéllas. Y lo que en Portugal está pasando no es otra cosa que un reajuste de relaciones de fuerza sociopolítica, que exige pactos o compromisos entre fuerzas equivalentes y complementarias: los militares, que sustituyen a una casi inexistente derecha democrática e inteligente, y la izquierda, que representa a las fuerzas sociales más dinámicas y en situación de ascendencia histórica.

Es decir. El señor Garrigues Walker es inteligente, y yo también. ■

SIXTO CAMARA